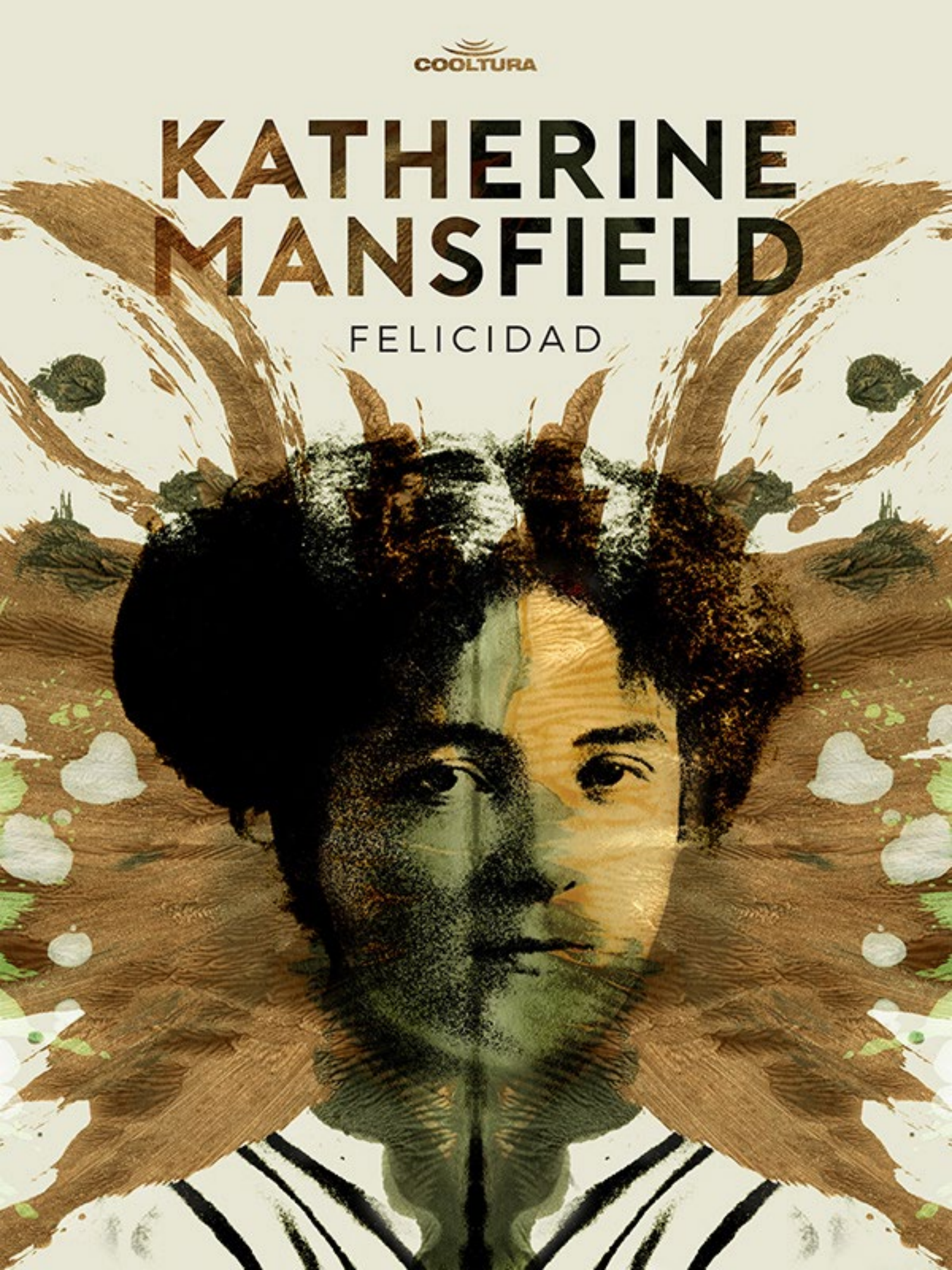


COOLTURA

KATHERINE MANSFIELD

FELICIDAD





A pesar de sus treinta años, Berta Young tenía momentos como éste en los que quería correr en lugar de caminar; marcar pasos de ballet sobre el pavimento; rodar un aro; lanzar alguna cosa al aire para recogerla enseguida, o quedarse quieta y reír... simplemente por nada.

¿Qué se puede hacer si, teniendo treinta años, al dar vuelta la esquina de la calle lo domina a uno de pronto una sensación de felicidad... de felicidad plena... como si de repente se hubiera zampado un fragmento brillante de sol de tarde y éste le abrasara el pecho, lanzando una lluvia de chispas en cada partícula, en manos y pies, en cada dedo?

¿Es que no puede haber una forma de manifestarlo sin parecer “borracho o trastornado”? ¡Qué estupidez la civilización! ¿Para qué se nos ha dado un cuerpo, si hay que mantenerlo encerrado en un estuche como si fuera un valioso Stradivarius?

“No, la comparación con el violín no expresa exactamente lo que quiero decir”, pensó mientras subía corriendo la escalera y revolvía su bolso buscando la llave que había olvidado como de costumbre. Repiqueteó con los dedos en el buzón. “Y no lo expresa porque...”

—¡Gracias, Mary! —entró en el vestíbulo—. ¿Volvió la niñera?

—Sí, señora.

—¿Han traído la fruta?